

bautismo. Muchos ya antes bautizados tornaron á la Religion que habian abandonado; pero Galo, uno de los discípulos del santo abad, que arrebatado del entusiasmo de su celo puso fuego á los templos y echó en el lago todas las ofrendas que en ellos encontró, irritó con esto de tal suerte á los idólatras, que acordaron darle muerte y aun espulsar al autor del prodigio que acababan de admirar (1).

Para estorbar el Santo este crimen, se adelantó con sus compañeros hasta un sitio fértil y agradable cercado de montes, y cercano á las ruinas de una pequeña aldea llamada antiguamente Brigantium. Halló allí un oratorio dedicado á Santa Aurelia, con otros vestigios del cristianismo confundidos con monumentos de la superstición pagana. Hicieron allí unas habitaciones reducidas, y dedicaron nuevamente aquella iglesia cantando salmos y rociando procesionalmente sus paredes con agua bendecida por Columbano. Invocaron despues el nombre de Dios, y consagró el abad el altar, puso en él las reliquias de Santa Aurelia, las envolvió en los paños segun costumbre y celebró la misa. Este fué el origen del célebre monasterio de San Galo. Este discípulo, detenido por una enfermedad, se quedó allí despues de recibir la bendición de su maestro, cuando tres años despues se encaminó á Italia el santo Patriarca con sus compañeros.

Tornó entretanto la discordia á agitar los ánimos de los dos monarcas Tierri y Teodeberto, y habiendo tenido San Columbano ocasion de abocarse con este último, tuvo inspiración de anunciarle que si no abrazaba el estado religioso ó clerical perdería su reino y el del cielo. Ridícula pareció á los cortesanos la proposición, y respondieron con desprecio no haberse jamás

(1) Vit. S. Gal. cap. 4; Act. Bened. t. 2, p. 231.

verificado que rey alguno merovingiano hubiese tomado de su voluntad semejante resolución. «Si no lo haceis de grado, replicó Columbano al monarca, bien pronto tendreis que hacerlo por fuerza;» y al punto regresó á donde estaban sus hermanos. Y en efecto; llevóse adelante la guerra; Tierri ganó la victoria: Teodeberto fué hecho prisionero y enviado á Brunequilla abuela de los dos reyes. Habíase esta pronunciado por el partido de Tierri, de cuyo corazón disponía á su arbitrio, y mandó entrar á Teodeberto en el estado clerical, y á los pocos días mandó quitarle la vida.

Entonces San Columbano y sus compañeros, escepto San Galo, entraron en Italia, protegidos por Agilulfo, rey de Lombardia, el cual les concedió en las soledades del Apenino un asilo muy á propósito para tales habitantes, en razón al cultivo de que era susceptible y á la abundancia de pesca que allí habia. Levantaron pues allí el monasterio de Bobio, y en él murió San Columbano despues de haber permanecido un año en aquel lugar; pero antes de morir vió cumplida su terrible profecía de la reunión de todas las coronas de los reyes francos en la cabeza de Clotario.

Murió Tierri repentinamente en el año de 613, algunos meses despues de su hermano Teodeberto; y su hijo Sigeberto, todavía niño, le sucedió bajo la dirección de su bisabuela Brunequilla. Peleó contra él felizmente el rey Clotario, le aprisionó y mandó quitarle la vida. Cojió tambien é hizo perecer cruelmente á la famosa Brunequilla, cuyo renombre es todavía tan problemático. Pasa por la princesa mas odiosa de su siglo, despues de Fredegunda, segun muchos historiadores, al paso que otros escritores mas modernos la justifican y casi canonizan; pero es muy verosímil se hiciese muy memorable por sus grandes vicios y por sus grandes virtudes.

Tres años antes habia recibido el emperador Focas el castigo de su usurpación parricida y de su necia temeridad. Por su impericia en el arte de gobernar no se vió otra cosa en los ocho años de su reinado que asesinatos de las personas mas venerables, como Teodoro Estribon, patriarca de Alejandría, y Anastasio de Antioquia; en lo exterior destrozos, causados por los bárbaros, y particularmente por los persas; y conjuraciones y turbulencias en el seno de la patria.

Focas mandó quitar la vida á la emperatriz Constantina, viuda de Mauricio, víctima mucho tiempo antes de su crueldad, con un número tan considerable de personas de la primera distinción, que habiendo llamado á San Teodoro Siceota con el fin de conseguir por sus oraciones el restablecimiento de un ataque de gota que le atormentaba cruelmente, no dudó el Santo decirle que si queria ser oído cesase de hacer desventurados á sus vasallos y de verter la sangre romana (1). Por último, este cobarde tirano fué derribado por Heraclio, hijo del gobernador de Africa, que invitado por el Senado llegó á Constantinopla con una escuadra formidable, el domingo 4 de octubre del año 610. Traía enarbolada en los mastiles de los buques la imagen de la Santísima Virgen, como que caminaba á libertar al pueblo fiel de la bárbara é impía opresión en que gemia. Al día siguiente sacaron á Focas de la iglesia titulada del Arcángel, donde se habia refugiado. Condujéronle temblando de miedo á la presencia de aquel á quien aclamaban mil veces libertador del imperio: le cortaron la mano derecha y luego la cabeza: pasearon públicamente estos miembros por la ciudad seguidos del cadáver que arrastraron con ignominia, y al fin le quemaron. En el mismo día fué coronado

(1) Vit. Theodor. c. 14, ap. Botland. t. 21.

emperador Heraclio por el patriarca Sergio, celebrándose al mismo tiempo sus bodas con Eudisia, de la sangre augusta de Teodosio, que estando ya desposada con él, se habia trasladado con anticipación desde Africa á Constantinopla; de modo que así recibieron á un tiempo la corona imperial y la corona nupcial conforme al estilo de la Iglesia griega.

Pocos meses antes de esta revolución habia sucedido Sergio al patriarca Tomás, quien hizo venir á Constantinopla á San Teodoro Siceota para apurar la verdad de los prodigios y fenómenos espantosos, acaecidos, segun decian, en diferentes parages de la Galacia en donde estaba situada Siceon. Hacia ya diez años que San Teodoro habia renunciado su obispado de Anastasiópolis con consentimiento de su metropolitano el obispo de Ancira y del patriarca de Constantinopla, ya porque no producía en su diócesis todo el fruto que deseaba, ya por el amor que profesaba al retiro, del cual le habian arrancado á la fuerza. Preguntóle desde luego el patriarca Tomás si era cierto que las cruces llevadas en procesión en diferentes lugares vecinos de Siceon se habian movido por sí mismas. Confesó el Santo el hecho, y el patriarca replicó diciendo: «Varon de Dios, supuesto que el Señor no ha consentido en vano que hayáis sido espectador de esta señal de su diestra, os conjuro nos digais lo que ella pronóstica.» Dicho esto se postró á los pies del humilde Teodoro, que se escusaba alegando su indignidad; mas él protestó que no se levantaria hasta lograr lo que suplicaba. Entonces le dijo el Santo: «Yo queria evitaros un disgusto, pues seguramente os le causaré el saber lo que deseais; pero pues que absolutamente quereis saberlo, tened entendido que la agitación del signo adorable de nuestra salud anuncia grandes desastres. Habrá incursiones horribles de

los bárbaros, gran derramamiento de sangre, una destruccion general, violencias por todas partes y muchos abandonarán el cristianismo. Quedarán desiertas las iglesias, y no están muy distantes el triunfo del enemigo y la ruina de la Religion y del imperio. Réstaos suplicar á Dios como buen Pastor que suavice con su clemencia los golpes de su indignacion.» Sin duda esta profecía tenia relacion con las devastaciones de los persas que principiaron en el año siguiente, y mucho mas con las de los musulmanes que siguieron poco despues.

Vertiendo lágrimas el Patriarca suplicó á San Teodoro que alcanzase del Señor le sacara del mundo por no ver semejantes calamidades. Enfermó poco despues, y juzgando que el cielo se mostraba propicio á sus deseos, rogó al Santo que acelerase su cumplimiento. Respondió Teodoro, que mas bien rogaria á Dios que le conservase la vida para bien de sus ovejas. Seguia el Patriarca redoblando sus instancias, y le replicó San Teodoro en tono profético: «ya que anhelaís tan encarecidamente veros libres é iros con Jesucristo, él otorga vuestras súplicas.» Murió efectivamente el Patriarca Tomás y con los sentimientos mas vivos de Religion, dia de Viernes Santo 20 de marzo del mismo año 610, y al dia siguiente fué consagrado Sergio. Inmediatamente corrió este á participar á San Teodoro la noticia de su consagracion, se echó á sus pies, y le rogó le alcanzase del cielo los auxilios necesarios á su corta edad y poca esperiencia. Abrazóle el Santo diciendole: «Dios os ha cargado con este peso siendo como sois todavia jóven, á fin de que seais mas á propósito para conllevar las desgracias que nos amenazan; pero pedidle el don de fortaleza, armaos con el escudo de la fé: vuestro pontificado será largo y de la mayor importancia.» Y así fué, pues Sergio ocupó aquella Silla veintinueve años.

San Teodoro estuvo alojado en Constantinopla en el monasterio de San Esteban, llamado vulgarmente de los romanos. Los monges, que no habian de disfrutar mucho tiempo de su presencia, quisieron tener al menos su retrato, á cuyo fin lo hicieron diseñar sin que él lo echase de ver. Querian tambien que él mismo bendijese el retrato, y al efecto se le presentaron; notando entonces el Santo este pequeño engaño, les dijo sonriendo: *sois unos ladrones*. Su virtud sin embargo, siempre atenta y condescendiente, le movió á dar la bendicion que deseaban. En Constantinopla y en otras partes obró muchos milagros que refiere un testigo ocular. Regresó al monasterio de Siceon su pátria, y murió en él al cabo de tres años, en 22 de abril, dia en que la Iglesia honra su memoria. Debemos advertir, que siendo en su tiempo tan raros los ejemplos de esenciones de monasterios, que apenas los habia sino en Africa, logró este santo abad que sus discipulos quedasen sujetos inmediatamente á la Silla de Constantinopla y se les declarase libres de cualquiera otra jurisdiccion episcopal.

En el primero ó segundo año despues de la muerte de Teodoro, falleció el Papa Bonifacio IV, y segun todas las apariencias, el dia 7 de mayo de 615. Fué el primer Pontífice que usó en sus fechas de la era de la Encarnacion, cuya práctica sin embargo no se hizo comun en sus sucesores hasta mucho tiempo despues. Pudo lograr de Focas el templo edificado en Roma veinticinco años antes de Jesucristo por Agripa, yerno del emperador Augusto, y dedicado á todos los dioses con el nombre de *Pantheon*. Sin cambiar el edificio, y contento solo con purificarle de las manchas de la idolatria, lo consagró en honor de la Virgen y de todos los mártires (1); y de aquí trae su origen

(1) Isidor. de *Offic. Eccl.* cap. 39.

la fiesta de todos los Santos, que desde luego se celebró en Roma y despues en toda la Iglesia. Existe este templo en el dia con el título de nuestra Señora de la Rotonda.

Recomendable Bonifacio IV por su piedad, convirtió su casa en un monasterio dotándole con muchos bienes. Los romanos celebran su memoria el dia 25 de mayo. Su sucesor *Deus dedit*, colocado por toda la Iglesia en el número de los Santos, subió al trono Pontificio el 13 de noviembre del año 615. Se distinguió por su tierno amor al clero y por el ardiente celo con que procuró el mayor lustre del estado eclesiástico restableciendo el orden antiguo.

Los persas entretanto acreditaban con los mayores excesos la verdad de las profecias de San Teodoro Siceota. Bajo pretexto de querer vengar la muerte del emperador Mauricio, rompieron la paz firmada en tiempo de Focas. En el primer año del reinado de Heraclio se apoderaron de Edesa y de Apamea y penetraron hasta Antioquia. En el segundo de este emperador tomaron á Cesarea de Capadocia, en el cuarto á Damasco, y en el año 614 pasaron el Jordan y conquistaron á Jerusalem y á la Palestina (1). Millares de clérigos, religiosos y monjas fueron sacrificados: quemaron las iglesias, sin perdonar al Santo Sepulcro: robaron lo mas precioso, una cantidad innumerable de vasos sagrados, las cajas de las reliquias, y, lo que puso el colmo á la desolacion, la inestimable reliquia de la Santa y verdadera cruz. Lleváronse cautivos al Patriarca Zacarias y á un pueblo inmenso, y tantas desolaciones, al modo de una avenida rápida é improvisa, se verificaron en pocos dias. Los crueles judios compraban los prisioneros sin otro objeto que el de tener el placer de matarlos, y llegaron á noventa mil los que murieron de este modo.

(1) Teophan. pag. 250 et seq.

Sin embargo, el patricio Nicetas halló medio de poder salvar dos reliquias preciosas, á saber, la Esponja y la Lanza de la Pasion, y las remitió á Constantinopla. Espúsose la Esponja á la veneracion pública el dia de la fiesta de la Exaltacion de la Cruz, el 14 de setiembre, en la iglesia mayor. Llegó la santa Lanza el sábado 26 de octubre, y fué honrada con gran solemnidad el martes y miércoles siguientes por los hombres, y el jueves y viernes por las mugeres.

Ocho dias antes de la toma de Jerusalem fué atacada por los árabes la laura de San Sabas (1). Huyeron todos los solitarios, escepto cuarenta y cuatro de los mas ancianos y virtuosos. Encanecidos en los egercicios de la vida monástica, que abrazaron en la flor de su edad, algunos no habian salido de su retiro hacia mas de cincuenta ó sesenta años, y otros ni siquiera habian oido nombrar los lugares circunvecinos desde que habian entrado en el monasterio. Mas amantes de su albergue religioso que en otro tiempo los senadores romanos de su patria en una invasion semejante de bárbaros, no quisieron en este peligro abandonar aquellos lugares que su profesion les hacia mirar como á su verdadera patria. Los infieles, despues de haber saqueado la iglesia, prendieron á estos ancianos venerables, y los atormentaron sin piedad por espacio de muchos dias consecutivos, á fin de poder descubrir los tesoros que pensaban tendrian ocultos; mas observando que su constancia era inalterable, se lanzaron contra ellos con furor y los despedazaron. Recibieron todos la muerte dando gracias, sin proferir una sola queja, sin cambiar de postura, ni mostrar la mas leve alteracion en su semblante. Honra la Iglesia á estos cuarenta y cuatro solitarios como á otros tantos mártires.

(1) Tom. 1. *Biblioth. PP.* pag. 1022.

Pasado el torrente de esta funesta desolación, corrieron los demás solitarios á recoger los miembros dispersos de sus hermanos. Modesto, abad del monasterio de San Teodosio, reunió estos cadáveres, los lavó vertiendo lágrimas de piedad mas que de tristeza, y les dió honrosa sepultura cantando himnos y cánticos. Luego exhortó á todos los discípulos de San Sabas á imitar esta firmeza heroica y á llevar con paciencia todo género de persecuciones antes que quebrantar las reglas. Estaba intimamente persuadido que este era el medio mas útil de predicar la virtud de la cruz á los infieles, y de obligarles á lo menos á que la respetasen. Por su consejo se reunieron en la lura aquella multitud de religiosos, y no la abandonaron sino para tornar á poblar el abandonado monasterio del abad Anastasio, á una legua de Jerusalem. Durante la ausencia del patriarca Zacarias quedó encargado el abad Modesto de la diócesis de Jerusalem y de todos los monasterios del desierto.

Recibió grandes socorros del santo patriarca de Alejandria, llamado Juan, y apellidado con justo título el Limosnero (1). Habia sucedido este á Teodoro Estribon, degollado por los hereges en el reinado débil de Focas. Nació en Chipre, y era hijo del gobernador de aquella isla: no habia seguido la vida monástica ni la clerical, antes bien fué casado (2). Mas habiéndose consagrado enteramente á Dios despues de la muerte de su muger y de sus hijos, se creyó que, atendida la reputacion de su virtud y principalmente de su caridad incomparable, podian dispensarse con él las reglas ordinarias, y los hechos probaron que no se habia creído mal. Luego que

(1) *Vit. S. Joann. Eleemosin. per Leont. ap. Bo-hand. tom. 2.*

(2) *Item Vit. per Metaphr.*

le consagraron llamó á los ecónomos de la iglesia, y les dijo: «Es justo, hermanos míos, principiar á cuidar de lo que interesa principalmente á Jesucristo. Recorred toda la ciudad, y traedme una lista de todos mis señores y amos.» No entendieron el enigma, y le preguntaron con admiracion cuáles podian ser sus amos: «Son, les dijo, esos á quienes vosotros llamáis pobres.» Encontraron mas de siete mil y quinientos, y ordenó que proveyesen á todos diariamente de las cosas necesarias á su sustento. Al siguiente dia de su institucion cuidó tambien de que en aquella vasta ciudad no hubiese falsos pesos y medidas, publicando á este fin una orden por la que quedaban confiscados á beneficio de los pobres los bienes de los contraventores; y este hecho nos demuestra de paso la autoridad de los obispos de Alejandria con respecto á lo temporal.

Habiendo descubierto que los empleados de la iglesia se dejaban sobornar con regalos para obrar con parcialidad en el rescate de los cautivos, los hizo comparecer en su presencia, y sin darles reprension alguna les aumentó su salario prohibiéndoles recibir cosa alguna de nadie. Tan fuerte fué la impresion que les causó esta conducta admirable, que muchos rehusaron admitir el aumento de sueldo. Supo tambien que la muchedumbre de oficiales y secretarios no dejaba llegar á su persona las súplicas de los infelices, y para remediar este abuso, que miraba como uno de los mas insufribles, acordó dar audiencia pública dos veces en la semana. Todos los miércoles y viernes hacia colocar una silla delante de la puerta de la iglesia, y dos bancos para hombres buenos. Conversaba allí familiarmente con ellos, apartaba á un lado los hombres de negocios, y fingia estar muy desocupado, á fin de que la tímida indigencia llegase á él con libertad; pero lo que

mandaba lo hacia ejecutar inmediatamente á sus oficiales, á quienes tenia prohibido sentasen á comer antes de haber cumplimentado enteramente sus órdenes. «Si nosotros, decia, gozamos la libertad de entrar á todas horas en la casa de Dios, y osamos suplicarle no solo que no dilate el concedernos su bendicion, sino hasta que nos prevenga con sus misericordias, ¿con qué prontitud no deberemos atender á las súplicas de aquellos que poseen los mismos títulos que nosotros para con nuestro comun Señor?»

Un dia en que esperó toda la mañana sin que persona alguna se presentase á su audiencia, se retiró muy triste y lloroso. El santo monge Sofronio, sirio de nacion, que despues llegó á ser patriarca de Jerusalem y entonces se hallaba en Alejandria, le preguntó en voz baja la causa de su afliccion: «es, le dijo, que el miserable Juan no ha sido digno de hacer en este dia el menor servicio á Jesucristo, y nada podrá ofrecerle en expiacion de sus iniquidades diarias.» — «Todo lo contrario, replicó Sofronio; debéis antes bien alegraros por haber dado á vuestro pueblo tanta paz que no hay en él una sola enemistad, y toda esta multitud de gente vive en la tranquilidad y en la concordia como los ángeles.» El santo Patriarca, con la sencillez de un niño, alzó los ojos al cielo bendiciendo á Dios, y toda su tristeza se trocó en alegría.

Cuando los habitantes de Siria y de Palestina buscaron en Egipto un asilo contra la terrible invasion de los persas, los recibió á todos sin reparar en su multitud. Mandó curar y asistir gratuitamente á los heridos y enfermos, y prohibió que los trasladasen á los hospitales, á no ser que lo pidiesen, y mandaba dar todos los dias á los indigentes cuanto necesitaban. Envió hasta á las mismas provincias desoladas sujetos piadosos y de una integridad á toda prueba,

con mucho dinero, ropa y víveres, para asistir á los enfermos que allí habia y redimir los cautivos. Miraba con interés todas las circunstancias de la caridad mas delicada y atenta; y si mandaba dar una moneda de plata á cada hombre, daba dos á las mugeres, para que estuviesen mas á cubierto de los peligros que podia ocasionarles la debilidad del sexo.

Habiéndose presentado algunas personas con vestidos ricos y brazaletes de oro, los limosneros se quejaron al santo patriarca; pero este las tuvo por tanto mas desgraciadas, cuanto se veian obligadas á pedir una limosna con mejor traje, y aquella alma dotada de una benignidad angelical, tomando contra su costumbre una actitud y un tono en extremo severos, contestó de esta manera: «si quereis ser limosneros del humilde Juan, ó mas bien de Jesucristo, obedeced con mas sencillez el precepto evangélico de dar á los que os pidan. Del autor de este precepto son todos los bienes, y no quiere ministros tan inquietos en su administracion. Si temeis que vuestras facultades no serán suficientes para tantos indigentes, no quiero participar de vuestra poca fé. Por mi parte opino sin dudar que los tesoros del Señor y de su Iglesia serán inagotables, aun cuando todos los pobres del mundo vinieran á Alejandria.»

Tan loable confianza estuvo no obstante espuesta á las pruebas mas terribles. La multitud de refugiados consumió todas las provisiones de la iglesia, y la esterilidad sembró el desconsuelo por la insuficiencia de las inundaciones del Nilo. Acudió desde luego el santo patriarca á muchos ciudadanos religiosos, y les pidió por via de empréstito cerca de mil libras de oro. Consumida esta cantidad no cesó la miseria; y como los mas ricos principiaron á recelar su propia ruina, no encontraba ya quien le prestase. Hallándose en esta inquietud, la